Trampas Mortales

Articulo publicado: 2012-11-09 19:18:32 |

Dos mujeres menos. Una atropellada, su vida vaciada como si se tratara de una cosa más, que se tira, simplemente, al piso, que se golpea, y que ya no importa lo que pase después; la otra, eligió quitarse la vida, seguramente después de tanto dolor.

Dos mujeres menos. Una atropellada, su vida vaciada como si se tratara de una cosa más, que se tira, simplemente, al piso, que se golpea, y que ya no importa lo que pase después; la otra, eligió quitarse la vida, seguramente después de tanto dolor.

Una mujer joven, demasiado joven, que ya no está. No estará su risa, ni su llanto. No estarán los nervios antes de un examen, ni las largas madrugadas preparándose para tan difíciles pruebas. La camioneta que le quitó la vida no tuvo piedad, ni un poquito, hasta que ella dejó, definitivamente, de respirar. Ya no tendrá sueños, ni miedos; ya no tendrá los dolores del parto, ni el maravilloso milagro de dar vida. No tendrá más amores. Tampoco desamores. Ella ya no será.

Una niña menos: la puerta de todos los días, la que siempre la llevaba y la traía, esta vez, decidió jugar con el angelito. Lo llevó a un pequeño viaje sin regreso. El viaje terminó crudamente en el asfalto de una ciudad que la esperaba.

Y detrás de toda esta hermosa gente que no compartirá nuestro espacio, están ellos: los dolidos; se llaman papá, mamá, hermana, hermano. Se llaman tíos, primos; se llaman amigos. Los más dolidos, los que quedan con la sensación de que algo ya nunca más será igual. Ellos, son los que siempre van a tener una foto, un recuerdo. Ellos serán los que sentirán más dolor.

Mujeres todas, algunas madres, otra en edad para serlo, otra apenas una niña. Y del otro lado, todo el espanto de saber que no hay penas que reparen tanto horror. La vida perdida en una calle, como si en vez de servir para transitarlas, para recorrerlas, fueran trampas mortales esperando a sus víctimas. Pero en realidad, no son las calles las asesinas. Son otros, y otras, que detrás de máquinas, se convierten en asesinos, y asesinas. ¿Qué pasa en esos brevísimos instantes en que una persona “normal” pasa a ser un asesino? ¿En dónde se produce esa grotesca metamorfosis? ¿Qué parte de nuestro antiguos y permanente genes más irracionales se activan para convertirnos en depredadores al volante?

En estos días de profundo dolor he leído muchas cosas, y he escuchado muchas voces. Debo confesarlo, no me han servido de mucho consuelo. Mi sensación es quizás demasiado sencilla: impotencia. Mis hijos andan por estas calles; en poco tiempo alguno de ellos además conducirá alguna de estas máquinas; me preocupa qué puede pasar, ¿será suficientes las enseñanzas? ¿Y si a ellos les tocara uno de esos segundos terribles en dónde pueden ser víctimas de un siniestro que nada tiene de accidente?, ¿y si en realidad ellos se convirtieran en asesinos…solo por ese segundo de distracción o de descuido?

Estamos todos en un baile, baile fugaz pero incendiario y desquiciado. Un baile sin garantías.

Un baile donde al parecer, nadie está demasiado dispuesto a cuidarnos. ¿En dónde están los guardianes para que el baile pueda ser eso, y no una invitación al crimen y la muerte de inocentes? ¿Tenemos que tener más leyes?, ¿Más inspectores?, ¿Mejores y más capacitados quizás?, ¿Habrá que tener políticas más eficaces, y autoridades más competentes? Quizás, puede ser…sin embargo algo me susurra que tenemos un problema del que no estamos tomando la real dimensión, y estas líneas no tienen más que ganas de escribirle a esta impotencia.

Si no hay un buen diagnóstico no habrá buenos remedios. Si nadie explica con precisión qué pasa en nuestras calles, estas seguirán siendo una invitación al llanto. Y nosotros, los que estamos de este lado, transitando todos los días, en cualquier momento, seremos los invitados de luto a un baile fugas, y lleno de soledades.

Hay quizás al final del camino, un lugar mejor, donde las calles sirvan para transitarlas, para vivirlas, y no para ser pequeñas trampas mortales. Otras gentes, en lugares distantes lo han logrado, ¿estaremos capacitados para iniciar el largo proceso que nos conduzca a ese fin? ¿Estarán algunos dispuestos a pagar el precio que se debe pagar? Miro la situación con más desesperanza que optimismo.

Ernesto Nieto